

## **UN ESCRITOR EGIPCIO DE ENTREGUERRAS: MAHMŪD TĀHIR LĀŠĪN Y SU CUENTO “CONVERSACIÓN EN LA ALDEA”**

Nieves PARADELA ALONSO  
Universidad Autónoma de Madrid

BIBLID [1133-8571] 5 (1997) 235-254

**Resumen:** El presente artículo quiere ser, en su primera parte, una aproximación a la figura del escritor egipcio Mahmūd Tāhir Lāšīn (1894-1954), destacado miembro de uno de los grupos más renovadores en la narrativa egipcia de entreguerras: la “Escuela Moderna”. En la segunda parte se presenta la traducción española de “Conversación en la aldea”, uno de sus cuentos más representativos y de mayor calidad. Lāšīn trató en él un problema filosófico y social, a un tiempo, todavía presente en la realidad árabe de hoy. Sobre ello versará la tercera parte del artículo que, por razones de espacio, se publicará en un próximo número de *Al-Andalus - Magreb*.

**Palabras clave:** Egipto. Literatura árabe moderna. Mahmūd Tāhir Lāšīn.

**Abstract:** This article wants, in its first part, to approximate the figure of the Egyptian writer, Mahmūd Tāhir Lāšīn (1894-1954), who was an outstanding member of one of the most leading literary groups in the Egyptian inter-war period, known as the “Modern School”. In the second part, I present the Spanish translation of “A conversation in village”, one of his most representative short stories. Lāšīn dealt in it with a philosophical and social problem which is still alive in today’s Arabic reality. This aspect will be discussed in the third part of the article, but because of its length it will be published in a next issue of *Al-Andalus - Magreb*.

**Key words:** Egypt. Modern Arabic literature. Mahmūd Tāhir Lāšīn.

### **0. Introducción**

Cuando Mahmūd Tāhir Lāšīn escribe y publica en 1929 su cuento titulado “*Hadiṭ al-qarya*” (“Conversación en la aldea”), la narrativa egipcia tenía ya

a sus espaldas una nómina suficiente de contribuciones que, si bien no pueden ser vistas como conformadoras de una tradición en sentido estricto, sí habían puesto las bases suficientes para que la moderna prosa literaria tuviera ya un público lector con el que evidentemente conectaba, una cierta respetabilidad social e intelectual, una lengua experimentada para la creación artística y unos modelos narrativos asentados -cuento, novela, novella- dentro de los que trabajar los nuevos temas del momento.

El camino se había iniciado a comienzos del siglo anterior cuando Muhammad 'Alī toma el poder en lo que todavía era una provincia otomana e impulsa el primer proyecto modernizador del Egipto contemporáneo que, justo es reconocerlo, tuvo pocas repercusiones en el plano puramente literario. Al menos de inmediato.

¿En qué medida, pues, podemos seguir vinculando a esta primera *Nahda* con un renacimiento efectivo en el ámbito de la literatura, más allá de proponerla como necesario marco histórico en el que insertar a los nuevos autores y a las nuevas obras? ¿Cómo relacionar, dicho de otro modo, cambio político e histórico con cambio cultural y literario?

Sin duda, la metodología crítica que mejor puede responder a tales interrogantes es la llamada sociología literaria, teoría que fundamentada en las obras de Bajtin, Goldmann o Luckás está produciendo desde hace tiempo unas interesantes vías de análisis para la literatura árabe moderna, sobre todo en lo referido a su narrativa<sup>(1)</sup>. Así, conceptos como "visión del mundo", "conciencia colectiva" o "discurso polifónico" se nos revelan básicos para dar cuenta del dinamismo inherente a las nuevas formas expresivas de esta literatura, y

(1) *Vid.* el dossier que sobre novela árabe preparó el escritor, sociólogo y crítico sirio HALİM BARAKĀT. *Nahwa ru'ya šāmila li-l-riwāya al-'arabiyya* (*Hacia una visión global de la novela árabe*). London. *Mawāqif*, LXIX (otoño 1992) 13-207 (parte I) y 70-71 (invierno-primavera 1993) 144-254 (parte II) y, en concreto, su artículo: "Nahwa naṣariyya 'ilm-iŷtimā'iyya li-l-riwāya al-'arabiyya" ("Hacia una teoría sociológica de la novela árabe"). *Mawāqif*, LXIX (otoño 1992) 179-207. También el reciente libro de SABRY HAFEZ. *The Genesis of Arabic Narrative Discourse. A Study in the Sociology of Modern Arabic Literature*. London: Saqi Books, 1993, que amplía en buena medida los temas que a continuación abordaré. No oculto que la lectura de los capítulos que Hafez dedica a la Escuela Moderna y, en particular, a la obra de Lāšīn me hizo concebir el contenido del presente artículo que queda así ligado al que fue uno de los últimos objetos de estudio del profesor Justel, fruto del cual es su excelente traducción de la novela de Yaḥyā Ḥaqqī, *La lámpara de Umm Hāsim*.

también para superar aquellas otras aproximaciones, escolásticas y en el fondo extraliterarias, que trataban de dilucidar simplemente si la novela árabe tenía sus antecedentes en la antigua *maqāma* o si era género de procedencia occidental, obviando cualquier referencia a la sociedad que producía y recibía las obras escritas.

La cuestión es muy otra y bastante más compleja: habrá que insertar a las nuevas formas literarias en un proceso de modificación histórica y analizarlas como uno de los varios discursos (ideológicos, políticos, filosóficos, artísticos...) que le dan voz, puede que justificativa, puede que contestataria.

Muhammad 'Alī puso las bases necesarias para un cambio social, inauguró una nueva etapa en la historia árabe-egipcia; algunos de sus contemporáneos y después hombres y mujeres de otras generaciones procuraron, desde la literatura, explicarse el mundo que les había tocado vivir.

### 1. Prensa y educación

No será ninguna novedad referirse al destacadísimo papel que cumplió la prensa en todo aquel proceso de renovación política y cultural. Al primer periódico árabe de Egipto -*al-Waqā'i'* *al-misriyya*, fundado en 1828 y dirigido posteriormente por al-Tahtāwī y por Muhammad 'Abduh- le sucedieron muchos otros, cuyo número -310 títulos entre 1879 y fin de siglo- sigue resultando hasta hoy mismo un dato sorprendente.

Estas publicaciones fueron el soporte en el que la nueva visión del mundo -del propio y también del europeo occidental- pudo llegar a expresarse y comunicarse, operación que no hubiera tenido el éxito que obtuvo sin la modificación en paralelo de la lengua árabe en la que se redactaban noticias, se traducían textos extranjeros o se escribían los primeros cuentos y novelas egipcias.

Tal voluntad de reflejar con precisión el país real condujo a una temprana utilización del dialectal en los diálogos de las obras narrativas<sup>(2)</sup>, algo que fue

(2) 'Abdallāh Nādīm (1845-1896) fue el primer escritor en emplear el dialectal egipcio en los cuentos *fusūl tahdībiyya* como los nombraba- que iba publicando en su semanario satírico *al-Tankīt wa-l-tabkīt* (1881), y que se distribuía gratuitamente dentro del periódico *al-Mahrūsa*. El mismo camino siguió años después Mahmūd Tāhir Haqqī (1884-1964) -tío de Yahyà Haqqī- en su novela '*Adrā' Dīnshāway* (*La virgen de Dinshaway*), 1906, en la que relataba un hecho real sucedido aquel mismo año: el enfrentamiento armado entre un grupo de soldados británicos y varios campesinos de la localidad, cuatro de los cuales fueron después ahorcados públicamente. En la obra aparecen personajes reales como Lord Cromer, Fathī Zaglūl y Ahmad Lutfī al-Sayyid. El relativo olvido en el que ha caído esta destacada

duramente atacado por los sectores más tradicionalistas de la cultura y que ya desde entonces ha sido cuestión de debate en la historia literaria, tanto egipcia como árabe en general.

Si la prensa jugó un papel de primer rango en el surgimiento de una nueva mentalidad colectiva que miraba con más atención al presente que al pasado, no fue menor a este respecto la influencia que tuvieron las modernas instituciones educativas, cuyos antecedentes hay que volver a situar en la época de Muḥammad ‘Alī. El inspiró en 1835 la fundación de la Escuela de Lenguas (*Madrasat al-Alsun*) y pocos años más tarde la del Departamento de Traducción (*Qalam al-Tarýama*), ambas dirigidas por al-Tahtāwī. En su tiempo el 50% del presupuesto nacional estaba destinado al sector educativo.

Este primer impulso modernizador decayó, sin embargo, durante los gobiernos de ‘Abbās I y de Sa‘id, y volvió a crecer, incluso espectacularmente, bajo Ismā‘il quien incrementó el presupuesto para educación hasta 75.000 LE, cuando en tiempos de Sa‘id era de 6.000 LE, abrió la primera escuela pública para niñas e inauguró la Ópera de El Cairo.

‘Alī Mubārak, un representante de la nueva clase social emergente, fundó bajo el patronazgo del jedive, en 1870, dos importantes instituciones culturales: la Biblioteca Nacional de Egipto y *Dār al-‘Ulūm*, centro de educación superior nacido como rival progresista al muy tradicional Azhar, pero que años después perdió por completo ese carácter modernista y terminó sumándose a las filas del conservadurismo cultural y educativo.

Con la entrada de los británicos en el país se puso un punto y aparte al desarrollo de esta primera etapa de la ilustración egipcia, aunque no consiguió detenerla en su totalidad. La decisión de Lord Cromer de rebajar hasta el 1% el presupuesto para educación y de reducir drásticamente el número de becarios a Europa tuvo su contrapartida en la inauguración (1908) de la Universidad Egipcia, empresa de carácter privado en principio y auspiciada, entre otros, por Qāsim Amīn y Ahmad Lutfī al-Sayyid quien después sería su primer rector<sup>(3)</sup>.

---

obra explica que todavía se siga citando a *Zaynab* (1914) como la primera novela egipcia que recurrió al dialectal en los diálogos.

(3) Tāhā Husayn, uno de sus primeros estudiantes, nos ha dejado en su novela autobiográfica *al-Ayyām* (volumen 3º) -traducida al español por Carmen Ruiz Bravo, Madrid: IEI, 1973- uno de los más vivos testimonios del ambiente intelectual y humano que se desarrollaba en aquel centro y que lo diferenciaba de su, por tantos motivos, odiado Azhar. Las primeras

Estos intentos por construir un país moderno que aspiraba a liberarse de la presencia colonial británica, pero igualmente de los factores internos que retardaban el progreso social, tuvieron en la literatura de la época, en la narrativa sobre todo, una de sus más vigorosas formas de expresión.

Junto a una escritura de corte romántico y tono sensiblero (por ejemplo la de al-Manfalūtī, duramente atacado después por el grupo de Lāšīn) y a otra de reconstrucción histórica (bien del pasado faraónico que iniciara Ahmad Šawqī con una serie de novelas, hoy no demasiado recordadas, bien del árabe-islámico, campo en el que sobresalió Ÿuryī Zaydān) aparece y se mantiene la gran escuela del realismo egipcio que fue, sin duda, la que dominó la escena literaria del país hasta los años 60.

## 2. La Escuela Moderna y la obra de Mahmūd Tāhir Lāšīn

Es en la década de los años 20 cuando la narrativa egipcia -sobre todo el relato breve- comienza a proporcionar las primeras muestras de cierta calidad y los primeros nombres propios dignos de figurar como maestros de generaciones sucesivas.

Es también el momento en el que se observa una tendencia al agrupamiento de los escritores en "escuelas" o alrededor de revistas que muy frecuentemente eran el órgano de expresión de aquéllas y que, en ciertos casos, mantenían ligazones ideológicas con alguno de los grandes partidos de la época. Recordemos el sustancial papel que para la renovación poética supuso la "Escuela del *Dīwān*", establecida en 1921, y el posterior "Grupo Apollo", nacido en 1932.

Los narradores, por su parte, tuvieron en *al-Sufūr* -cuyo primer número, según Hafez en su obra antes citada, apareció el 21 de Marzo de 1915<sup>(4)</sup> una

estudiantes mujeres entraron en 1927, pero ya antes de esa fecha hubo profesoras: la libanesa de origen, Labība Hāšim (1880-1947), fue allí docente entre los años 1911 y 1912.

(4) YAHYÀ HAQQI, en su *Fayr al-qissa al-misriyya* (*Inicios del cuento egipcio*). El Cairo, 1975 (2<sup>a</sup> ed. revisada y aumentada de la de 1960), menciona sin embargo que la publicación nació en 1917. La traducción del título sigue planteándose algún problema, ya que el término *sufūr* significa tanto el hecho de desprenderte o de no usar el velo femenino (y así, antónimo de *hijāb*) como más sencillamente 'viaje', 'partida'. Haqqi parece verlo de esta segunda forma cuando escribe: "[La revista] exhortaba a viajar en pos de las doctrinas literarias y históricas europeas, a liberarse de las tradiciones, a intentar fundamentar una verdadera literatura egipcia y a desarrollar un estilo adecuado a las necesidades de la época". ¿Y por qué no pensar -sugiero- que el título pretendiese significar las dos cosas a un tiempo? No olvidemos que la cuestión del velo era uno de los caballos de batalla de los hombres y, desde luego, de las mujeres progresistas de entonces. Visto de esta forma, *al-Sufūr* estaría dando nombre -con

revista íntegramente dedicada a la expresión literaria. Su editor era ‘Abd al-Ḥamīd Ḥamdī y allí colaboraron asiduamente Ḥusayn Haykal, Ṭāhā Ḥusayn, ʻIsā ‘Ubayd, Muḥammad Taymūr, Maṇṣūr Fahmī y Muṣṭafā ‘Abd al-Rāziq.

La labor emprendida por *al-Sufūr* -que dejó de aparecer en 1924- fue continuada por el semanario *al-Fayr* (*La Aurora*) a partir de 1925. Esta nueva revista era el órgano de expresión de un grupo de jóvenes escritores (en principio cuatro: Ahmad Jayrī Sa‘īd, Maḥmūd Ṭāhir Lāšīn, Ḥusayn Fawzī y Hasan Maḥmūd) alrededor de los cuales cobra ya plena vigencia el nombre de “Escuela Moderna” -*al-Madrasa al-Hadīta*- de narrativa egipcia.

Nacionalistas, con estudios universitarios -de ramas científicas en muchos casos- y dominio de lenguas extranjeras -el francés, pero sobre todo el inglés-, buenos conocedores y degustadores de la música, el teatro y la literatura occidentales -sus maestros en narrativa fueron, sin duda, los rusos-, estos hombres fueron el fruto literario del amplio movimiento popular y político que culminó en la revolución de 1919 y en el logro de la formal independencia del país en 1922.

Y si los manifestantes anti-británicos de 1919 tomaron las calles para expresar su protesta y sus reclamaciones nacionalistas, los escritores de la “Escuela Moderna” se apropiaron también de la calle egipcia para recorrer lugares y observar a personas que después se convertirían en escenarios y personajes de sus obras literarias. Yahyà Haqqī -quien fue miembro del grupo- decía a propósito de Lāšīn:

«Con excepción de algunos cuentos basados únicamente en elementos imaginativos, no escribía nada que no partiese de su experiencia y vivencias propias. Un día me lo encontré: se había escapado del trabajo para pasar toda la jornada en el Tribunal Religioso donde esperaba hallar el ambiente adecuado a un cuento que estaba escribiendo y cuya acción transcurría en aquél mismo Tribunal. Era el titulado “La casa de la obediencia” (“Bayt al-tā’ā”) de su colección *La ironía de la flauta*»<sup>(5)</sup>.

---

una sola palabra- a dos de las aspiraciones de los modernistas egipcios de aquella generación: la apertura a la cultura europea y el abandono de las tradiciones más retrógradas de la propia.

(5) YAḤYÀ HAQQĪ. *Op. cit.*, págs. 84-85. El libro de Haqqī contiene la mejor y más viva caracterización de aquel grupo y, por ello, sigue siendo hasta hoy fuente básica de consulta para los estudiosos de la narrativa egipcia de entreguerras.

La de Lāšīn y sus compañeros de escuela fue, sin duda, una literatura popular y realista -preocupada también en conseguir un lenguaje y un estilo más trabajados que los de las obras narrativas anteriores- que conectaba a la perfección con la nueva clase media protagonista de la vida política e intelectual del país ya desde entonces.

Si los partidos políticos se nutrían en amplia medida de miembros de la pequeña burguesía, y si la educación moderna y liberal ganaba terreno a expensas de la que proporcionaban los *kuttāb*-s y la Universidad religiosa del Azhar, no es extraño que los jóvenes escritores eligiesen para reunirse y discutir sus proyectos unos lugares que ya no eran los grandes salones literarios de la generación previa (la casa de Ahmad Taymūr, por ejemplo), sino sus casas particulares o los cafetines populares de la ciudad<sup>(6)</sup>. La calle volvía a ganar también aquí.

Fue precisamente en casa de Lāšīn donde el grupo decidió fundar su revisa *-al-Fayr*. *Sahifat al-hadm wa-l-binā'* (*La Aurora. Periódico para la destrucción y la construcción*) era su título exacto- y establecer una pequeña imprenta para poder sacarla a la luz. Es otra vez Haqqī quien recuerda aquellos hechos, a través de las palabras de Jayrī Sa'īd:

«En la tarde de un jueves del mes de Abril de 1925, los miembros de la "Escuela Moderna" nos reunimos en casa de Mahmūd Tāhir Lāšīn, que estaba situada en el barrio de Sayyida Zaynab, y acordamos lo siguiente:

1. Publicar una revista que se llamaría *al-Fayr* y que sería nuestro órgano de expresión.
2. Hacernos con una imprenta para editar la revista y nuestras obras literarias.
3. Que cada miembro desembolsase una libra al mes hasta completar el dinero necesario para pagar la imprenta, las letras, el utilaje y el alquiler del local [...] Sólo cuatro personas colaboraron económicamente, y sólo durante tres meses, así que el proyecto fracasó al tener que abandonarlo a causa de mi matrimonio. Sin embargo, el 1º de Agosto recibí el permiso para publicar *al-Fayr* y convertirme así en dueño de la primera revista en su género que podría desempeñar un papel pequeño, aunque importante, en la renovación literaria y artística. Por tanto, Mahmūd Tāhir Lāšīn, el Dr. Husayn Fawzī y yo decidimos sacar el primer número, haciéndome cargo también yo de todos los gastos.

(6) «Bajaron a la calle y tomaron posesión de un café -conocido en broma como el Café del Arte- que estaba enfrente del Teatro Ramsés... Allí se sentaba Badi'a Muṣābīn a fumar su narguile, o al-Rihānī a jugar al tric-trac, mientras los actores del Ramsés no dejaban de entrar y salir. Quizás el primero de todos los asiduos a este rincón en ganar gloria fue un vendedor de bocadillos, dueño de una tiendecilla frente al café, que poco después llegó a ser una de las grandes fortunas de la ciudad». YAHYÀ HAQQĪ. *Op. cit.*, pág. 77.

»Nos reunimos en mi despacho de *al-Liwā' al-miṣrī*<sup>(7)</sup> para redactar el número [...] Después escribimos las direcciones de los amigos que teníamos por todo el país, las pegamos en los ejemplares de la revista y, a la una de la madrugada, los entregamos en Correos. De no haber sido por la ayuda del periódico del Partido Nacional nuestra revista no habría podido aparecer [...] Obtuvimos a continuación once suscriptores de entre los miembros del Partido. [Tiempo después] imprimimos *Sujriyyat al-nāy* (*La ironía de la flauta*) -una colección de cuentos de Mahmūd Tāhir Lāśīn-, cuyos 500 ejemplares editados se agotaron rápidamente, aunque sin proporcionarnos ninguna ganancia económica. [La revista] consiguió hacerse con una audiencia culta, pequeña en cantidad sí, pero influyente y con porvenir».<sup>(8)</sup>

Creada en condiciones precarias, *al-Fajr* no duró mucho tiempo: en Enero de 1927 aparecía su último número.

\* \* \*

Mahmūd Tāhir Lāśīn nació en 1894 en El Cairo dentro de una familia de clase media que vivía en el popular barrio de Sayyida Zaynab<sup>(9)</sup>. Estudió en la Facultad de Ingeniería (*al-Muhandisjāna*) donde obtuvo la licenciatura en 1917 y hasta su jubilación en 1953 trabajó como funcionario público en el Departamento de Planificación Urbanística egipcio.

Contrajo matrimonio a edad avanzada, sólo dos años antes de su fallecimiento sucedido en 1954, aunque no llegó a tener hijos.

Lamentablemente pocos más datos de su biografía personal nos son conocidos. Me limitaré a consignar uno que debió de producirle un fuerte impacto emocional: la muerte de su hermano Muḥammad 'Abd al-Rahīm<sup>(10)</sup> en plena

(7) *Al-Liwā' al-miṣrī* (*El estandarte egipcio*) era el periódico del Partido Nacional (*al-Hizb al-Watāni*).

(8) YAHYÀ HAQQĪ. *Op. cit.*, págs. 78-80.

(9) *Lāśīn* es palabra turca que significa 'sacre blanco'. El padre, Ḥusnī Lāśīn, había nacido en El Cairo, pero procedía de una familia musulmana seguramente oriunda de Bosnia. La madre era también de origen turco.

(10) Fue estudiante en Europa y, a su regreso, fundó una pequeña compañía teatral. Escribió también algunas obras que se representaban en el patio de su casa familiar. Parece que enfermó de tuberculosis durante su estancia europea y poco después de su regreso falleció. Mahmūd Tāhir Lāśīn relató el hecho en el cuento "Sujriyyat al-nāy" -incluido en su colección de igual nombre- donde, en efecto, asistimos a la muerte de un joven mientras a

juventud. No deja de ser una fatal coincidencia el que tres escritores de su misma generación perdieran pronto a otros tantos hermanos, también dedicados a la actividad literaria. Recordemos que Muhammad Taymūr, hermano de Mahmūd, e 'Isā 'Ubayd, hermano de Sīhātā, fallecieron igualmente antes de cumplir los treinta años.

Su obra narrativa, no demasiado extensa, se resume en los siguientes títulos:

- *Sujriyyat al-nāy* (*La ironía de la flauta*). Colección de cuentos; 1926<sup>1</sup>, 1964<sup>2</sup><sup>(11)</sup>.
- *Yuhkā anna...* (*Se cuenta...*). Colección de cuentos; 1929<sup>1</sup>, 1964<sup>2</sup><sup>(12)</sup>.
- *Hawwā' bi-lā Ādām* (*Eva sin Adán*). Novela corta; 1934<sup>(13)</sup>.
- *Al-Niqāb al-tā'ir* (*El velo volador*). Colección de cuentos; 1940.

Sin entrar por el momento a evaluar en detalle la narrativa de Lāšīn, me limitaré a reproducir las palabras con las que Kilpatrick ponía fin a su artículo antes citado:

«Although he made no dramatic gesture against the immobility of Egyptian society, he was conscious of the weight of opposition to change, and this in the end drove him to give up writing. His last collection of stories was published in 1940, and after that his name disappears from the literary scene. It is for this reason that writers in the next generation, such as Nājib Mahfūz, knew nothing about his work when they started to interest themselves in literature and so they lost the chance to build on a promising foundation».

---

lo lejos se oye una triste melodía de flauta, motivo que como veremos a continuación reaparecerá en el relato "Hādiṭ al-qaryā".

- (11) Vid. YAHYÀ HAQQI. "Sūjriyyat al-nāy li-Mahmūd Tāhir Lāšīn". *Apud: Faŷr al-qissā al-misriyya*, págs. 235-244. La segunda edición fue publicada en El Cairo: Al-Dār al-Qawmiyya li-l-Ṭibā'a wa-l-Naṣr, con prólogo de Yaḥyā Haqqī y presentación de Manṣūr Fahmī.
- (12) Vid. YAHYÀ HAQQI. "Yuhkā anna... li-Mahmūd Tāhir Lāšīn". *Apud: Faŷr al-qissā al-misriyya*, págs. 235-244. La segunda edición tiene el mismo editor que la precedente. También con prólogo de Haqqī.
- (13) Existe traducción inglesa: *Eve without Adam*. *Apud: Three Pioneering Egyptian Novels*. Trad. e intr. crítica Saad el-Gabalawī. Canadá: York Press, 1986, págs. 49-94. Vid. igualmente el artículo de HILARY KILPATRICK. "Hawwā' Bi'lā Ādām: An Egyptian Novel of the 1930's". *JAL*, IV (1973) 48-56.

Mucho menos conocido hoy que Mahmūd Taymūr -a pesar de los esfuerzos de un Yahyà Haqqī por recuperar su memoria y mostrar la calidad de su obra, algo además favorecido por el apoyo que prestó el nasserismo a esta literatura realista y nacionalista de los años 30- Tāhir Lāśīn fue un notabilísimo escritor, muy cuidadoso del estilo y del lenguaje artísticos y que acertó a plasmar en sus escritos buena parte de los problemas reales que vivía la sociedad egipcia de su tiempo.

### 3. Traducción de “Conversacion en la aldea”<sup>(14)</sup>

«Mi amigo me había invitado a ir juntos a su pueblo natal; pasaríamos así el viernes disfrutando del campo y resolvería él algunos asuntos particulares. Una vez allí vimos que todo era esplendor y alegría, aunque ese esplendor que brota de la inmensidad del campo y deja fascinado al hijo de la ciudad, y esa alegría que inunda su ser y su existencia cuando contempla a la naturaleza resplandecer por cualquier rincón en donde posa su mirada, se mezclaban en mi fuero interno con un sentimiento de intensa piedad hacia los campesinos que, medio desnudos, encorvados y exhaustos, sudaban copiosamente por los rigores del extremo calor mientras trabajaban la tierra con sus azadones y guadañas.

»Sentía piedad asimismo por aquellas mujeres campesinas, acurrucadas sumisamente junto a las casuchas de barro y juncos, a las que veíamos al atravesar los caminos estrechos y zigzagueantes: entrelazadas unas con otras, ocultándose de nosotros tras unos viejos harapos tan llenos de polvo como la tierra que tenían a sus pies. Los niños pequeños, medio desnudos como sus padres y sucios como sus madres, andaban sueltos con las cabras y las gallinas por entre las tortuosas callejas, sobre los montones de polvo o alrededor de la vecina y pútrida alberca.

»Intenté expresar a mi amigo el dolor que me producía todo aquello, pero él, lejos de compartir mis sentimientos, comenzó a argumentar que esa forma de

(14) Publicado originalmente en la colección de cuentos *Yuhkā anna...* de 1929. Manejo, sin embargo, su reproducción en SABRY HAFEZ & CATHERINE COBHAM. *A Reader of Modern Arabic Short Stories*. London: Saqi Books, 1988, págs. 136-144. Hafez, en su obra de 1993, lo analiza con atención en el capítulo 7: "The Culmination of a Sophisticated Discourse", págs. 233-261. La traducción al inglés (págs. 262-268) es de Catherine Cobham.

vida era la más apropiada para aquella gente, que ellos mismos no percibían su miseria y que, por experiencia propia, podía afirmar que tras su primitivismo se ocultaba la perfidia del lobo y la marrullería del zorro. A continuación se burló con sarcasmo de mi sentimentalismo infantil y de mi absoluta ingenuidad.

»Al caer la tarde y mientras el crepúsculo vertía su triste y aplomada majestad sobre los campos sembrados, aquel sentimentalismo infantil -al decir de mi amigo- me dominó por completo, llenándome el corazón de angustia. íbamos paseando por un camino polvoriento, entre maizales; cada vez más oscuridad; todo era silencio a nuestro alrededor. No había más señales de vida que el blando eco que producían los cascos de los bueyes cuando regresaban lentamente al pueblo, o los somnolientos y fatigados saludos que nos dedicaban los campesinos con quienes nos cruzábamos.

»Íbamos sin hablar y yo no dejaba de pensar en ellos. ¿Qué clase de conversación mantendrían con sus mujeres? ¿Sería verdad que no se dan cuenta de la miseria en la que viven? ¿De dónde provendría su felicidad, de dónde su consuelo?

»No fui capaz de hallar respuesta, pero tampoco quise preguntar a mi amigo. Nos dirigíamos a la pequeña mezquita del pueblo, y cuando por fin llegamos era ya noche cerrada. Se trataba de un oratorio al aire libre junto a la orilla del canal, con el suelo cubierto de esteras y rodeado de un murete de adobe que se alzaba a la altura suficiente para que, al sentarse, la gente pudiera apoyar media espalda contra él. Era el sitio de reunión de los campesinos; allí rezaban y también allí celebraban las tertulias verpertinas.

»Se pusieron en pie para saludarnos y sólo volvieron a sentarse cuando así se lo indicamos. Después de que mi amigo se dirigió a un hombre para darle ciertas órdenes y hacerle algunas preguntas relativas a su hacienda, se produjo un embarazoso silencio únicamente roto por las constantes fórmulas de bienvenida que seguían dedicándose. En voz muy baja le dije a mi amigo que quizás habíamos interrumpido su conversación.

—¿Y de qué iban a estar hablando éstos?- me respondió en inglés.

»Uno de ellos propuso entonces ir a buscar al shayj Muhsin, idea que otro de los allí presentes puso en práctica de inmediato. A continuación nos informaron de que el hombre en cuestión era la autoridad religiosa del pueblo y la persona

más indicada para ser interlocutor de gentes como nosotros. Nadie volvió a hablar hasta que llegó el esperado, precedido por el emisario quien llevaba en la mano un farol, farol que contenía una lamparilla de aceite, lamparilla de aceite que emitía un débil rayo de luz, gracias al cual nos apercibimos de que el shayj tenía el bigote afeitado, pero no la barba, que su turbante era rojo y que su túnica... también había sido roja alguna vez<sup>(15)</sup>.

»El shayj estaba al corriente, sin duda ninguna, de la razón por la que se le había llamado, así que tan pronto como ocupó su sitio y fueron hechas las presentaciones, se embarcó en un largo y prolífico discurso, por cuyo inicio supimos que acababa de estar con el señor alcalde el pueblo y con Su Excelencia el delegado del gobierno iluminándoles en la investigación judicial que se seguía contra un tal 'Abd al-Samī'. A continuación pasó a informarnos de que, durante años, había estudiado con los mejores imames del Azhar y concluyó comentando algo acerca de una fábrica textil puesta en pie por Muḥammad 'Alī pachá.

»Dicho lo cual se balanceó orgulloso en su asiento, mientras los allí presentes nos lanzaron una elocuente mirada que venía a significar: ¿Podrías vosotros contar cosas como éstas?

»En lo alto del cielo estaba ya la media luna emitiendo unos débiles rayos de luz a los que recibían las aquietadas aguas del canal, igual que una amorosa

(15) Obsérvese cómo el tono que hasta este momento ha empleado el narrador para describir los hechos que se van sucediendo durante su estancia en la aldea, cambia por completo en cuanto introduce al personaje del shayj Muḥsin. El estilo sobrio y poético anterior se troca ahora en otro irónico y paródico de la soberbia y del discurso grandilocuente que enseguida manifestará la autoridad religiosa, autoencumbrada a una posición quasi divina. Términos como *rasūl* (emisario) y *muntazar* (esperado) tienen en el texto, sin duda, esa función crítica. "Dejaos la barba y cortaos el bigote" es un *hadīt*, no autentificado, cuya aceptación literal por parte del shayj nos lo presenta como un ultraortodoxo seguidor de las más nimias tradiciones islámicas. En cuanto al color rojo del turbante y la túnica, Hafez y Cobham piensan que lo primero podría indicar su pertenencia a una secta sufí, y lo segundo sólo una manifestación de mal gusto indumentario. Es cierto que los reformistas musulmanes siempre recelaron de los sufies -como de otras manifestaciones del Islam popular o, en todo caso, no oficial- por considerar sus prácticas poco ortodoxas, pero en el contexto que nos ocupa no se me hace evidente que el color rojo tenga tal interpretación. ¿No querrá decir que el shayj Muḥsin utilizaba túnica y turbante rojos sólo como signo distintivo -exagerado y de mal gusto además- de las ropas que vestían los campesinos?

madre acunaría a su hijo enfermo. Entonces alguien, desde una fogata lejana, comenzó a interpretar a la flauta una doliente canción. La magia del ambiente me tenía arrebatado por completo y, por un instante, conseguí abstraerme de todo lo que me rodeaba.

»Luego mi amigo me hizo advertir que el shayj andaba explicando algunas alejas del Corán y, en efecto, allí estaba exprimiéndolas y exprimiéndolas hasta sacarles la última gota de su jugo espiritual, convirtiendo el comentario de ciertos términos en una especie de bálsamo capaz de sanar cualquier mal que hubiera en el corazón de aquellos que le escuchaban.

»Todo eso me resultaba difícilmente soportable y mi amigo, que veía por mis movimientos el grado de angustia al que había llegado, me dijo en voz muy baja que no valía la pena intervenir.

»No le hice caso y, aun con suma prudencia, comencé a discrepar de las opiniones del héroe de la reunión. El shayj se opuso con gran terquedad a mis argumentos, recurriendo para ello a tales leyendas y fantasías que mi amigo no pudo evitar reírse entre dientes, aunque decidió permanecer neutral...

»Entonces estallé. Estaba dispuesto a refutar todas sus mentiras y a pulverizar, uno a uno, todos sus falsos argumentos. Finalmente logré encontrar el medio que me permitió desviar el discurso hacia el tema de los campesinos. Hablé a las claras de su misera situación, de su difícil vivir, les recordé a sus hijos y a sus mujeres, les hice reparar en sus pobres casuchas, diciéndoles que, si ponían empeño y voluntad, todo eso podría mejorarse. A continuación insistí mucho en el tema de la acción y el libre albedrío, asegurándoles que el milagro se produciría si primero tomaban conciencia de su forma de vida y si después se proponían seriamente superarla.

»Hablaban apasionadamente y con voz trémula, suponiendo que al estar tratando asuntos que les debieran resultar tan sensibles, mis palabras llegarían sin ninguna dificultad a sus corazones. Pero, cada vez que hacía una pausa para ver cómo iban reaccionando, me los encontraba con las bocas abiertas, pasmados y anonadados, mirándome a mí a ratos y otros a su maestro, como queriendo que alguien les explicase lo que yo estaba haciendo.

»En plena efervescencia y agitación vi a dos hombres que, con las cabezas juntas, andaban cuchicheando algo entre sí, sin prestarme la más mínima

atención. En ese instante me vine abajo, mientras una voz interior me gritaba: ¡Estúpido! Estás gastando saliva para nada... Nunca te entenderán, porque no eres más que un intruso, un extraño.

»Profundamente humillado, abrevié el discurso y en cuanto lo terminé uno de los dos campesinos que habían estado murmurando dijo:

—Esto... maestro, ¿el alcalde ha testificado a favor o en contra de 'Abd al-Samí'?

»Enseguida todos los demás se pusieron a comentar ruidosamente este asunto, mientras mis palabras y yo dejábamos de existir. Sabía que mi amigo estaba avergonzado y durante un rato no cruzamos ninguna mirada. El shayj permaneció en silencio hasta que volvió la calma; entonces musitó un "que Dios nos perdone", para proseguir luego gravemente:

—Nos acaecen desgracias, mas no lloramos; y no lo hacemos porque nuestros ojos están secos. Y están secos debido a la dureza que mora en nuestros corazones, cuya causa última son nuestros muchos pecados, fruto a su vez de un exceso de esperanza que resulta de un apego a este bajo mundo. Y el apego al mundo tiene su origen en el libre albedrío, esto es, como si la voluntad de las criaturas lo fuera todo y la del Creador, Alabado y Ensalzado sea, nada...

»Paseaba la vista por entre sus oyentes quienes, cabizbajos, se mordían las comisuras de los labios en señal de pesadumbre y dolor. Entonces mi amigo se inclinó hacia mí, diciéndome con voz queda:

—Es su hombre... Tú has querido invadirles la mente, y por eso no te entienden, pero él habla a sus corazones. Así son estas gentes, ya lo estás viendo...

»Lo que yo había descendido hasta situarse cerca de la fogata, que seguía ardiendo de un color rojo intenso y parecía estar en llamas. Yo tenía los ojos húmedos en aquel mágico panorama, pero continuaba escuchando al predicador, que ahora se disponía a refutar todas mis palabras anteriores.

—Este caballero, amigos míos, nos ha propuesto una interesante idea: la de la voluntad. Eso significa que si alguien desea alguna cosa no tiene más que decir "sea" y la tal cosa, en efecto, es...

»Todo mi cuerpo se estremeció ante el sarcasmo gratuito y la mala intención con los que pretendía ridiculizarme. Me mordí los labios para contenerme y reprimir la catarata de insultos que estaba a punto de echar encima de aquellas hipócritas barbas.

»En ese instante mi amigo, haciéndome una leve presión en las piernas, musitó:

—Estamos asistiendo a un espectáculo que nunca más tendrás ocasión de volver a presenciar, así que tranquilízate y escucha.

»Obedecí; ahora el shayj gritaba a toda la concurrencia:

—¡A ver!, ¿a quién de vosotros no le gustaría ser alcalde?

—O simplemente pachá... -apostilló un campesino delgado, de ojos semientornados, quitándose los mosquitos de la cara.

»Todos los que entendieron el sinsentido de aquella frase se echaron a reír, pero el shayj Muhsin retomó enseguida el control de la situación:

—No, no... no nos equivoquemos... Este caballero ha defendido la idea de que la acción está indisolublemente ligada a la libre voluntad. Y nosotros contestamos de inmediato que 'Abd al-Samī' obró, en efecto, de tal modo... y ya conocéis cuán desgraciado fue el resultado.

—¡Que Dios tenga piedad de él!... ¡Que nuestro Señor le ayude! -dijeron a coro varias voces.

»El hombre de los ojos semientornados se enderezó en el sitio que ocupaba y, elevando las manos hacia lo alto, imploró a Dios:

—¡Oh Señor, líbranos del mal que llevamos dentro y del que procede del Maligno...!

»Pero lo que en realidad estaba haciendo con semejante oración era expulsar de su cabeza el recuerdo de una malévolas artimaña que había urdido contra el dueño de un sembrado vecino al suyo.

»El shayj comenzó entonces a relatar, en sesión especial para nosotros, la historia de 'Abd al-Samī' mientras las ranas, a lo lejos, iniciaron un sonoro croar que proporcionó a la narración un cierto revestimiento de orquesta:

—'Abd al-Samī' era -no hay nada malo en mencionarlo- zapatero remendón. Vivía siempre a los pies de aquellos cuyos zapatos parcheaba (Él mismo rió su chiste y enseguida surgió por doquier un aluvión de carcajadas), mas no estaba satisfecho de lo que Dios le había decretado y por eso quiso libremente (Aquí una enérgica palmada para enfatizar el adversario) alcanzar por sí mismo una posición a la que no se le tenía predestinado...

—Los antiguos dejaron dicho que la avaricia envilece al que mucho atesora -apostilló una voz.

—Sin embargo, Dios le permitió seguir... pues Él es el mejor de los que intrigan<sup>(16)</sup>, pero después hizo que se cruzara en su camino el ayudante fiscal -uno de esos jóvenes capaces de vender su alma al Diablo-, quien de inmediato nombró a 'Abd al-Samī' su asistente particular, abriéndole las puertas de su casa y colmándole de favores. De esta forma nuestro 'Abd al-Samī' se convirtió en todo un señor de ciudad, vestido de chaqueta y tocado de ḥarbūš. Se sentía el amo del mundo, a pesar de que Dios, el Altísimo, había dicho: "No vayas por la tierra con insolencia, que no eres capaz de hender la tierra, ni de alzarte a la altura de las montañas"<sup>(17)</sup>.

—¡Gloria a Aquel que así habló! -gritaban todos al unísono acompañándose de silbidos. Algunos rostros, exultantes de admiración por la elocuencia de la prédica, se habían vuelto hacia nosotros; otros hombres estaban encorvados, con las cabezas casi rozando el suelo, y los demás intercambiaban miradas mientras espantaban a los mosquitos que revoloteaban alrededor de sus narices.

»En ese momento el shayj plegó los bordes de su túnica, se ajustó el turbante y se acarició la barba, anunciando así que se disponía a pasar a un punto crucial del relato. Por un instante todo fue silencio. A lo lejos, la flauta desgranaba una melodía triste y sin fin.

(16) *Cor.*, 3, 54.

(17) *Cor.*, 17, 37.

—Pero el verdadero destinatario de aquel trabajo y de aquella vida regalada no era ‘Abd al-Samī’, sino -y pido perdón a Dios por lo que voy a decir- su esposa que, como bien sabéis, era una mujer extremadamente hermosa a pesar de su pobreza. El ayudante fiscal había tenido ocasión de verla a menudo junto a su marido cuando éste iba a su casa para arreglarle los zapatos.

—Y, al ocupar ‘Abd al-Samī’ su nuevo trabajo, al joven no le fue difícil convencerle de que la llevase con él para tenerla vigilada y para que se hiciera cargo de las tareas domésticas, ya que el ayudante estaba soltero. Todo sucedió de acuerdo a sus planes, mas ahora me pregunto: Esta decisión, ¿reportó algún beneficio a ‘Abd al-Samī’? No y mil veces no..., porque al cabo de cierto tiempo Dios hizo que el demonio de las dudas se abriera paso en su espíritu...

—¡Ayúdanos Señor... ayúdanos!

—... y empezaron los problemas...

—¡Protégenos Señor... protégenos!

»Llegados a este punto el shayj dejó de hablar para que la audiencia pudiera expresar a gusto el efecto que acababan de producir sus palabras. Alargó la mano hacia una jarra de cerámica llena de agua y comenzó a beber a sorbos, haciendo el mayor ruido posible que le permitía semejante operación. Cuando terminó, el hombre que estaba sentado a su lado volvió a colocar la jarra en su sitio. El shayj Muhsin se sacó del bolsillo un enorme pañuelo -una cuarta parte del mismo ya habría bastado para calificarle así-, eructó, pidió perdón a Dios y se limpió la boca balbuciendo un “Alabado sea Dios”.

»Cuando hubo devuelto el pañuelo al lugar del que había salido, y después de juguetear a placer con su barba, retomó la historia:

—¿Cómo iba a vivir en paz, si unas cosas traen otras y...? Temo haber hablado en demasiá, caballeros (Expresión que iba dirigida a nosotros y a la que respondimos lo mejor que supimos)... La pobre mujer del zapatero que en otros tiempos solía cantar en las festividades religiosas y recibir buenas propinas por ello, ¡ay Señor, Señor!, se nos había convertido ahora en toda una marimandona, y la única persona a la que podía hacer objeto de su nuevo poder era su marido. (Voces de pesar, de asombro y enfado) Si éste alguna vez la reprendía, ella se presentaba, llorosa y compungida, ante el ayudante fiscal que, a su vez, reprendía al marido echándole en cara que

no era más que un campesino y que no tenía la menor idea de lo que valía una mujer.

—No hay poder ni fuerza sino en Dios...

—El pobre hombre venía con frecuencia a contarme sus cuitas. Yo le aconsejaba que diese la espalda a aquella vida que no era para él, y regresase a la suya de siempre. Pero ya estaba hundido, casi ahogado... Y así continuó hasta que la cosa se hizo más que evidente; los celos lo consumían como si de un fuego ardiente se tratara, estaba ausente, siempre pesaroso, no descansaba nunca, ni en el sueño ni en la vigilia... Pero, a pesar de todo, era incapaz de salir por sí mismo de aquel infierno. En primer lugar porque le resultaba duro renunciar a la buena vida que tantas satisfacciones le daba y, segundo, porque el Maligno andaba jugando con él y, por eso, cada vez que tomaba la decisión de dejarlo todo, el maldito Diablo lo convencía de que, en efecto, no era más que un simple campesino y de que la vida en la ciudad debía de ser así. Entonces se calmaba y le volvía el sosiego.

»Voces: —¡Maldiga Dios la vida de ciudad y el día en que oímos hablar de ella!

—Así siguió la cosa hasta la desdichada noche en la que el ayudante fiscal ordenó a ‘Abd al-Samī’ que se presentase aquí con una carta para el señor alcalde y que regresase con la respuesta... no de inmediato, sino a la mañana siguiente.

—Maravilloso -acotó al instante uno de los hombres, dándole a la palabra un deje obsceno que hizo que los demás estallasen en risitas.

»Entonces el shayj bajó la voz y, en un tono profundo y tenebroso, informó a los atentos oídos allí presentes que lo que diría a continuación eran datos secretos a los que había tenido acceso gracias a la confianza que le dispensaban los investigadores judiciales del caso y a su gran predicamento entre ellos. Despues pidió a los campesinos que guardasen, a su vez, el secreto, a lo que todos asintieron energicamente.

»En ese momento, uno de ellos quiso cambiar de sitio la lámpara que estaba en mitad del círculo y completamente llena de mosquitos que se lanzaban en picado contra el cristal, pero los demás se lo impidieron a gritos reprochándole su falta de delicadeza para con el maestro, que continuaba hablando:

—‘Abd al-Samī’ se puso en marcha hacia la estación de tren, lleno de dudas y sin dejar de pensar en su problema. La luna le iluminaba el camino y, en un cierto momento, divisó entre las traviesas una barra de hierro de un brazo de larga -yo la vi luego con mis propios ojos-. La recogió del suelo y, en el mismo instante en que notó su peso, le acometió el deseo de volver. El pobre afirma que intentó reprimirse, pero que no pudo... Parecía que una fuerza oculta que viniera de Dios, Alabado sea, le empujaba hacia atrás... Cuando por fin regresó a la casa, se la encontró a oscuras. Abrió la puerta con sumo cuidado, se acercó al dormitorio de su señor y vio... perdón, Dios mío... lo vio ocupando el lugar del marido junto a su propia mujer.

»El grupo prorrumpió entonces en gritos de repugnancia y disgusto, y en incontables invocaciones a Dios. El shayj Muhsin aprovechó la ocasión que le brindaba el alboroto para volver a darnos la bienvenida, pero es seguro que le hubiese gustado añadir: ¡A que soy un excelente orador!

»Cuando se hizo de nuevo el silencio, prosigió:

—Al entrar se los encontró dormidos y, sin poder contenerse, descargó la barra de hierro sobre sus cabezas. Murieron instantáneamente.

»Vítores y aplausos.

—Sin embargo, no se dio aún por satisfecho: ciego de furia y sediento de venganza continuó golpeándolos hasta machacarles el cráneo. Los inspectores judiciales encontraron luego trozos de cerebro... sí, trozos de cerebro... pegados a las paredes.

»Voces de aprobación y disgusto.

»Por un momento se hizo el silencio. La flauta había enmudecido hacía ya tiempo y el croar de las ranas era el único sonido perceptible.

—Pero lo más extraño del asunto -prosiguió el shayj- es que, una vez calmada su sed de venganza, ‘Abd al-Samī’ calentó té y se pasó toda la noche junto a los dos cadáveres bebiendo y fumando.

—¿Qué clase de monstruosidad es ésta? -exclamó mi amigo con los ojos desorbitados por el horror.

»Y, para mi propio asombro, me encontré diciendo:

—Ojalá hubiera pasado esa noche con ellos.

»Los campesinos expresaron su terror a gritos.

—Al amanecer, ‘Abd al-Samī’ agarró la barra de hierro y se encaminó al puesto de policía donde confesó todo lo ocurrido...

»El shayj cogió de nuevo la jarra de agua, sorbiendo su contenido de la misma forma que había hecho antes y sentenció:

—Ya lo véis, hijos míos, la vida en este mundo implica obediencia plena a Dios, no libre voluntad, y el mejor camino es el que Él nos decreta.

»A continuación se puso en pie dispuesto a marcharse, con la excusa de que le estaban esperando el alcalde el pueblo y varias otras autoridades. Los campesinos, ya tranquilizados y satisfechos, se fueron aproximando para besarle las manos, al tiempo que alababan a Dios por su benevolencia en proteger a los creyentes del escándalo.

»Mi amigo y yo preferimos quedarnos allí, y los hombres nos dejaron la lámpara. Después, felices, marcharon en pos de su maestro, adentrándose en las tinieblas»<sup>(18)</sup>.

---

(18) Nota: Presentado ya este artículo a la revista *Al-Andalus - Magreb*, la profesora Pilar Lirola me informó de que entre las carpetas del profesor Justel se había encontrado el borrador de su traducción de *Conversación en la aldea*. En cualquier caso, y puesto que aquellas carpetas no han quedado depositadas en la Universidad de Cádiz, no he podido leer o confrontar con la mía dicha traducción.